

LOS DEBATES

REVISTA QUINCENAL

ÓRGANO UNIVERSITARIO

Año I

Montevideo, Setiembre 20 de 1896

Tomo I—N.º 10

Redacción

El liberalismo

Hoy celebran los liberales el día en que la espada de Garibaldi derribó el poder temporal de los papas. No es Italia, no es la fuerte Ausonia la única que festeja con cánticos de júbilo ese día memorable; todos los pueblos que siguen la corriente de las ideas modernas acompañan á los italianos en sus manifestaciones de regocijo.

El 20 de Setiembre no pertenece á una nación, ha adquirido el sello de verdadera grandeza histórica: la impersonalidad. No es un pueblo, no es un individuo el que lo ha producido, toda la humanidad pensadora ha llevado su contingente, con la fuerza intangible pero poderosa de su apoyo moral.

La caída del poder temporal de los papas representa un gran triunfo para la civilización, es el coronamiento de la obra emprendida el siglo pasado por los gigantes de la Revolución Francesa. Estos, por el esfuerso de su brazo y por la tenacidad de su alma, derribaron á los reyes reduciendo á polvo sus tronos seculares; los liberales de este siglo con el brillo de sus armas realizaron la máxima pura de la antigüedad: dar al Cesar lo que es del Cesar y á Dios lo que es de Dios.

Ni obispos, ni reyes, decían los que tremolaban el pabellón de la casa de Austria, sintetizando en esa frase todo el anhelo de sus espíritus libres; en estos

tiempos, de progreso galopante y de conquistas fructíferas aun podía ser esa fórmula la divisa de la humanidad liberal, que no quiere cadenas para su cuerpo, ni trabas para su alma.

No parece, sin embargo, que entre los hombres que gobiernan este país, tan dejado de la mano de Dios, tengan arraigo esas ideas salvadoras, pues en estos días se preocupan en la sanción de un proyecto de creación de arzobispado que es á todas luces contrario á los verdaderos intereses nacionales.

No hablemos de erogaciones pecuniarias que, aunque cuantiosas, representan un rol secundario ante la trascendente cuestión social.

El arzobispado considerado en sí mismo y en sus consecuencias, es un obstáculo que turbará el regular funcionamiento de la máquina social, haciendo renacer tendencias atávicas y malogrando anhelos que desde ahora se vislumbraban como verdaderas conquistas futuras.

Los obispos sufragáneos y los seminarios á crearse, esparcirán, no ya en Montevideo, sino en todo el ambiente de la República un jesuitismo que ha muerto en nuestro siglo.

Los niños de hoy, los hombres de mañana, vendrán á la lucha de la vida con esas ideas, impregnados de esos principios de intolerancia religiosa, que son la fuente de grandes desdichas y de tristes calamidades.

No se crea ver en estas palabras una aversión directa contra la religión del estado, yo no profeso odio á la religión ca-

tólica, tengo por sus partidarios el respeto más profundo, pero reclamo sí, para mis ideas y para mis convicciones idéntico respeto é idéntica tolerancia.

Y en este espíritu tolerante estriba la grandeza verdadera de la idea liberal. No impone doctrinas, no tritura conciencias. no anhela ver en sus filas pecadores temblorosos ante los misterios ultra-humanos, busca sólo partidarios que, iluminados por la luz de la razón, acepten sus teorías que tienen el poder simpático de la sinceridad.

Y no siendo déspota, tampoco quiere el liberal vivir esclavizado. Es por esto que protesta, es por esto que se levanta é implora y clama por sus derechos, pidiendo, que el catolicismo conserve sus posiciones, ya que esto es irremediable, pero poniendole vallas para que no avance, para que no haga presa de la juventud dorada que es una fuerza para el porvenir.

No está solamente el peligro en la naturaleza de su religion, sinó tambien en el caracter de sus predicadores, que en tiempos antiguos poseian la perla santa de la humildad, pero que hoy vestidos de púrpura y con coronas de diamantes, forman contraste amargo con aquel mártir glorioso que cruzaba descalzo por las calles de Jerusalem.

Decía un celebre prelado, el famoso predicador Jacinto, que en los tiempos primitivos del cristianismo, los calices eran de madera y los obispos de oro; hoy los calices son de oro y los obispos de madera.

Por muy dignísimas excepciones, que se encuentren, es preciso admitir en el ataque que esas palabras encierran, una verdad profunda. No es con el fausto con loque se socorre al desvalido, no son los hombres dominados por el vértigo de la cumbre, los que pueden dirigir su mirada á los que sufren, á los que penan en la noche letal de la ignorancia.

Pero basta de consideraciones generales y de lirismos que no harán mella en hombres que tienen fijo su pensamiento en las ordenes del que manda; la voz poderosa del pueblo se perderá en el vacío, sin tener la más leve resonancia en el ánimo de los hombres del gobierno... y el arzobispado será un hecho dentro de breve tiempo.

El liberalismo caerá en derrota esta vez, mas volverá á levantarse con nuevos bríos y nuevos ímpetus esperando siempre en el porvenir. *On ne tue point les idées.*

J. D. V.



Colaboración

CARTA ABIERTA

Señor Director de LOS DEBATES.

Distinguido señor:

Ha aparecido en el número 9 de la revista que Vd. dirige, una carta-crítica firmada por la señorita Tula Rovira en la cual se anatematiza una composición poética mia dedicada á la memoria inmortal de *Paysandú*, y publicada en el número 8 de LOS DEBATES.

No vuelvo aún del asombro que experimenté á la lectura de la severa crítica de la señorita Rovira pues jamás hubiera creído que el glorificar á los mártires de una causa santa (cual era la de defender el suelo patrio contra la coalición degradante de un usurpador y un extranjero) haya podido merecer un juicio tan cruel por parte de una joven que haciendo gala de un espíritu altruista y levantado nos habla del *sublime ideal de la patria*; porque me parece uno de los medios de contribuir á engrandecer y á dar mayor lustre á nuestra querida república, el tributar el póstumo homenaje del recuerdo á esos mártires del civismo que supieron conquistar el laurel

de la inmortalidad vertiendo su sangre generosa en el ara sacrosanta de la libertad. La misma señorita Rovira reconoce la lógica de este razonamiento cuando con su palabra fácil é inspirada nos dice que *glorifi quemos a los heroes de Paysandú*; lo que no comprendo es como pueden acordar estas elocuentes palabras con el tono general de su crítica en que califica de *torcido* el camino seguido por mi en la composición poética que está en tela de juicio. Y ¿por ventura no es mi poesía un canto á la gloria de Leandro Gomez y sus compañeros de martirio?

Le aseguro á Vd, señorita, que me he sentido herido en lo mas vivo de mis sentimientos al leer sus crueles é injustificadas palabras de que *prefiero el mezquino ideal partidista al sublime de la patria* y le soy franco, nunca creí que mi poesía pudiera acibarar de tal modo su alma, que llegase á desbordar su indignación en epítetos tan acerbos contra mi y que mereciese tan duros calificativos por parte del flajelo de su crítica. Solo se comprende eso por una evidente ofuscación de sus facultades inductivas (debida probablemente á causas en absoluto ajenas á su voluntad,) ofuscación que ha hecho ver á Vd. algo que en realidad no existía: una apología partidista y una anatematización partidista tambien.

Ni un solo instante se presentó á mi mente el espectro de las luchas de hermanos que por espacio de tantos años asolaron nuestra patria, vestido ya con el sayal rojo ó con la túnica blanca; lejos de mi la idea de haber pretendido remover el fondo del estanco donde yace cubierto por la densa capa de nuestro voluntario olvido, el légamo sanguinolento de nuestras contiendas civiles y de haber hecho subir á la superficie un odio renovado ó una ambición resucitada. No, jamás he pensado en ello, yo exclamo como Vd. en su ins-

pirado arranque: *condenemos siempre los motivos que arrastran á los pueblos á luchas fratricidas; esa es nuestra misión.* Es precisamente á esa norma de conducta que se ha ajustado mi espíritu en la elaboración del esbozo literario que Vd. censura y Vd. misma se convencerá de ello cuando vuelva á leer con mas detenimiento á *!Paysandú!*, nombro á Vd. juez, examínela estrofa por estrofa y la emplazo á que encuentre en ella otra cosa que la glorificación á unas víctimas y la flagelación á unos victimarios. No hallará Vd. una sola palabra que exprese la opinión política de cada uno de los bandos combatientes, ¿que me supone á mi saber si los defensores de *Paysandú* tremolaron el estandarte blanco ó si sus opresores ciñeron la escarapela roja? lo que interesa es el hecho; ¿quienes representaban la patria y la libertad? los sitiados, ¿quienes encarnaban el extranjero y la usurpación? los sitiadores. Eso es lo que debe preocuparnos y esa es la brújula que ha de dirigir nuestros pasos en la peligrosa senda de la investigación histórica.

En efecto, señorita, donde iríamos á parar, si por el pueril temor de despertar una sombra funesta aletargada en el espíritu de aquellos que rehuyen recordar la triste fecha ya que justificarla no pueden; á donde iríamos á parar, repito, si por estos escrúpulos infantiles arrojáramos en la tumba del olvido una acción que es sin dudas de ningun género una de las que irradian destellos de mas pura gloria en nuestra historia patria. Yo comprendo como usted, señorita, que por orgullo patrio debemos disimular ó atenuar al menos las faltas de nuestros antepasados, pero cuando una facción de estos se confabula con un extranjero para usurpar al resto de los orientales su gobierno libre y constituido, entonces ya la falta no tiene atenuación, ya no es civil la lucha, ya son

hordas extrañas las que invaden nuestras campiñas, esterilizando enal nuevos Atillas el suelo donde afirman su destructora planta y entonces señorita Rovira la voz del deber se alza muy alto, para marcar con un anatema ardiente la memoria de los que así nos mancillaron.

Pasemos ahora á otra cosa. Dice usted que debemos dejar á los viejos *que fallen la certidumbre histórica* y hace usted incapie en aquellos versos de que:

*Cayó de Leandro Gomez la cabeza
Y con ella cayó la libertad.*

En cuanto al primer argumento, vale decir, á que nuestros ancianos, aquellos cuyas cabezas han encanecido al calor de nuestras pasadas luchas, adulteren la verdad y edifiquen el monumento de nuestra historia con falsedades más ó menos bien urdidas, no me parece que tenga una base sólida, pues es precisamente á esos viejos, á esos que han vivido la vida del pasado, que debemos interrogar para adquirir la certidumbre histórica, son ellos, los que ya no pueden tener aspiraciones, los que ya no pueden tener odios, los que solo viven de recuerdos, los que han llegado á esa hora de la vida en que el pensamiento perdona y apaga con el hielo de los años la hoguera encendida en su corazón por la chispeante llama de una causa partidaria y fratricida; son ellos, digo, los que deben prestarnos el hilo de *Ariadna* de su experiencia para indicarnos el camino en el intrincado laberinto del pretérito.

Y en cuanto al segundo argumento, á ese de que *cayera la libertad con Leandro Gomez*, tengo, Sta. Rovira, el sentimiento de manifestarle, que ha cometido Vd. una de las mas peligrosas falacias de razonamiento: *un sofisma de confusion por ambigüedad de los términos*. En efecto, señorita, toma Vd. en su sentido directo una palabra empleada metafóricamente, pues al decir yo que el venerando

prócer arrastró á su tumba la libertad, envuelta entre los pliegues de su mortaja, solo quiero expresar que al caer la noble ciudad de Paysandú en poder de las tropas coaligadas, sucumbió el baluarte que mantenía izado el pabellón de la libertad constitucional contra la esclavitud usurpadora y *en ese sentido* bien pudo Leandro Gomez exclamar al morir, parodiando á *Kosciusko* cuando caía en los llanos de Polonia envuelto en los harapos de su bandera y con los labios contraídos en una inmensa protesta por el gesto enérgico del patriotismo herido; «*Fini's Reipublice Oriental.*»

Terminaré señorita Rovira, lamentando muy deveras el enojoso debate á que Vd. me ha conducido, pues se hace siempre cuesta arriba el contestar á quien está acostumbrado á vencernos con el poder dominador de la belleza y á quien tiene por hábito avasallar las voluntades al encanto irresistible de la dulzura y el candor

Vd. y yo no podemos esgrimir armas iguales; mientras Vd, empuñe la acerada *toledana*, yo solo podré responderle con el inofensivo florete de salon.

Soy de Vd. su affmo. y S. S.

Baldomero Cuenca.

EL PAYADOR

Es lindo ver la cuchilla
De verdes pastos orlada,
Y contemplar la cañada
Jugando con la gramilla,
Y del arroyo á la orilla
Ver sentado al payador,
Que en lenguaje seductor
Le dirige á su chinita,
Una triste vidalita
Cual dulce endecha de amor.

Cuando con rayos de luna
La llanura se ilumina,
Y cuando el sauce se inclina
Para besar la laguna,

Y cuando en florida cuna
Formada de pastizales,
Donde duermen los ceibales
Y el arazá perfumado,
En su caballo dorado
Marcha el paisano Arenales;

Es lindo verlo contento
Arreglarse la golilla,
Cuando lleva la tropilla
Al arroyo del Convento;
Después se para un momento
En la mojada ribera,
Y una palabra campera
De su ardiente labio brota,
Que cual armónica nota
Va á perderse en la pradera

Esa es palabra de amor
Es palabra misteriosa,
Es la frase más hermosa
Que pronuncia el payador.
Cuando en horas de dolor,
El piensa en su triste sino,
Cuando en su negro camino,
La adversidad se atraviesa
Soporta con entereza
Los golpes de su destino

Es el de larga melena
El de inspiración divina,
El que ferviente se inclina
Para llorar una pena.
Es el hombre que condena
Los actos de servilismo,
El que canta al heroísmo
A la virtud y al honor,
Y el que lucha con valor
En aras del patriotismo.

Setiembre de 1896

Fernando Ferreria.

RELACIÓN DE LA ASTRONOMÍA

CON LAS
DEMÁS CIENCIAS

Su importancia y aplicaciones

Publicamos á continuación, una de las tantas conferencias que se han dado en el presente año en el aula de Cosmografía. No lo habíamos hecho ya, á causa de haber sido todas ellas orales, así es que aprovechamos la primera conferencia escrita, que se nos presenta, para darla á la publicidad.

Ella es obra del aventajado estudiante de preparatorios, señor Valentin Alvarez,

á quien todos conocemos por haber dado prueba mas de una vez de su talento y laboriosidad.

Dicho trabajo no hará sinó añadir un lauro más á los que ya tan justamente ha conquistado en las demas aulas.

Helo aquí:

Señores:

En virtud de una costumbre tradicional, que va degenerando en abuso, siempre que se va á tratar un tema como el que nos ocupa en este momento, el autor emplea todas las palabras que su dialéctica le sugiere, con el fin de convencer al auditorio de que el asunto á tratarse es de trascendental importancia, siendo al mismo tiempo uno de los factores que más influencia ejercen sobre la marcha y el progreso de las sociedades. Así, por ejemplo, un químico ó un físico dirán que el estudio de los fenómenos que alteran el estado ó la esencia de los cuerpos, tiene una influencia decisiva en el progreso intelectual, desde que por él se averigua la explicación de los fenómenos más comunes y más esenciales. Un higienista explicará como, sin el aseo corporal, la salud se pierde, las facultades mentales se alteran, la sociedad y la familia se desquician. Un matemático dirá con Platón que los números gobiernan el mundo, ó bien nos citará el versículo de la Biblia: «Todo está hecho con arreglo á número, peso y medida». Un filólogo hará ver que sin el lenguaje, sin la expresión del alma humana, no hay sociedad posible, ni solidaridad de conocimientos, etc., etc. — Y todos ellos olvidan que, si bien es cierto que sin ninguna de dichas ramas del saber humano, no pueden formarse ni progresar las demás, también es verdad que cada una de dichas ciencias debe su progreso y estabilidad á la ayuda que le dispensan todas las demás.

Esto es lo que ha sucedido con la Astronomía. Nacida esta ciencia de la obser-

vación, sujeta á los errores que ocasiona la imperfección de nuestros sentidos, mezclada en un principio con todos los fatalismos de la humanidad, necesitaba indudablemente la ayuda de nuevos elementos, que, amalgamándose, por decirlo así, al fondo de verdad que había en aquellas falsedades, ensancharan los conocimientos referentes á aquella ciencia, constituyendo al mismo tiempo un método de comprobación y de verificación. Estos nuevos elementos fueron las Matemáticas, esa ciencia tan ligada á las demás por sus aplicaciones prácticas, ese *abstractum* de los conocimientos, que á la por que constituye una de las más altas manifestaciones de la inteligencia, debido á la gran abstracción y generalización que hay que desplegar en su desarrollo, aparece también como uno de los factores que más influyen en el vuelo de la imaginación, hasta tal punto que los más grandes matemáticos se presentan ante la Historia con un aspecto meditabundo y soñador, obrando á manera de autómatas inconscientes, perdido su espíritu en las nebulosidades de un ensueño sin fin, trazando en el aire curvas gigantescas y rectas ideales, ó bien abismándose en la resolución de problemas complicados, tal vez irresolubles como el de la cuadratura del círculo.

Las matemáticas han sido, pues, los primeros elementos auxiliares de la Astronomía, guiándola en sus primeros pasos, y ensanchando poco á poco el método de su investigación. En efecto, allí donde no alcanza la mirada, donde no llega la observación más escrupulosa, y donde la mente se pierde abismada en el vacío sin fondo, allí llega el cálculo matemático y, aglomerando cifras sobre cifras, elaborando operaciones sobre operaciones, construyendo sistemas sobre sistemas, nos demuestra con la claridad de los guarismos que el caos no existe en la Naturaleza y que todo obedece á leyes inmutables y exactas.

Sin embargo, á fin de no incurrir en el

mismo defecto que hemos indicado al principio de nuestro trabajo, no debemos conceder una importancia exclusiva y absoluta á las Matemáticas. Es cierto que el cálculo, simbolo característico del método deductivo, es un poderoso auxiliar para las demostraciones científicas; pero, por su misma naturaleza deductiva, necesita datos exactos y bases sólidas para que sus conclusiones sean exactas, necesita nuevos datos de observación, nuevos conocimientos para llegar á conclusiones más generales.—Estos datos que nos faltan, en vano los pediríamos á nuestros sentidos: nunca lograríamos ensanchar nuestros caudales de observación.

Entonces viene otra ciencia en ayuda de la Astronomía. Esta ciencia es la Física, la ciencia que, ora arranca, cual nuevo Prometeo, el rayo á las nubes, y lo esclaviza en alambres conductores del pensamiento humano, ora comprime al vapor de agua en el vientre de una caldera y lo obliga á mover masas enormes, centuplicando el trabajo muscular, y haciendo rejuvenecer la materia como al contacto de un torrente de vida. Esta ciencia suministró al hombre la vara mágica de Urania, el telescopio. La mirada del hombre se ensanchó; los cielos de cristal se disgregaron, y se vió la tierra tal cual era, flotando en el éter en medio del espacio, viajando como los demás astros en sus rutas siderales. La Vía Láctea dejó de ser la mancha de leche de la Mitología, para convertirse en millones de mundos, centros de vida y de movimiento, girando en órbitas lejanas, á millones de leguas de nosotros, alejados en el espacio y en el tiempo, perdidos en la inmensidad, rozando la penumbra de lo invisible.

El telescopio ha permitido, en efecto, asociando el cálculo á la observación, determinar las distancias relativas de los astros, sus movimientos, sus dimensiones, etc. Por medio de él se han visto des-

compuestas las estrellas dobles y múltiples, se han analizado las nebulas, y los mundos inmensos han desfilado por el campo de la visión, como si obedecieran la orden imperiosa de algún ser desconocido, oculto en las tinieblas.

Pero no basta aún. Nada importa el conocer las distancias y los volúmenes, sin conocer las leyes á que obedecen, y los fenómenos á que dan lugar estas mismas. Aquí tenemos una nueva ciencia, prestando su concurso á la Astronomía. Esta ciencia es la Mecánica Racional, fruto del esfuerzo que han desplegado verdaderos genios de la humanidad, y que ha dado por resultado el conocer á fondo y calcular con precisión todas las resultantes de las fuerzas siderales, hasta el punto de predecir con exactitud la vuelta de un cometa, la ocultación de un astro, ó un eclipse de Sol ó de Luna. Y no hay que olvidar que es en esta ciencia donde verdaderamente hubo necesidad del esfuerzo del genio para conquistar esas grandes verdades. Millares de veces desde que la humanidad existe, se han visto cuerpos pesados, oscilando, suspendidos de un hilo; y, á pesar de esto, la observación, de nada ha servido. Pero surge Galileo á la faz del mundo, ve columpiarse una lámpara en la catedral de Pisa, y, mientras los creyentes elevan al cielo sus plegarias, mientras la música sagrada resuena en las concavidades del templo, mezclando sus ondas con las nubes del incienso embriagador, él pasea su espíritu por encima de aquellas ceremonias terrenales, y descubre las leyes del péndulo, entonando á su manera una plegaria más grande en el templo de la Ciencia. Por medio del péndulo se probó después que la tierra giraba sobre su eje, y una vez admitido este movimiento como una base sólida, se halló y se calculó el movimiento de los astros.

Algo semejante á lo que pasó con Galileo, sucedió con Newton. Todo el mun-

do ha visto caer, casi cotidianamente, cuerpos sobre la superficie terrestre; muchos han contemplado la caída de las hojas, cuando los vientos otoñales, abatiéndose como un soplo de muerte sobre los árboles, les arrebatan los últimos recuerdos de la pasada primavera. Newton, niño aún, observa la caída de una manzana; su genio se despierta, y medita; se pregunta por qué cae aquel objeto y no queda inmóvil en el aire; y después de largos años de trabajos, encuentra las famosas leyes de la atracción universal. ¡Contraste singular! La manzana, que en la leyenda bíblica despertó la curiosidad de la mujer, induciéndola á cometer su primer pecado, provoca también la curiosidad de Newton, para hacerle efectuar uno de los actos más sublimes de la historia de la humanidad. Es sublime, en efecto, ver á un niño, á un pigmeo, á un simple gusano de la tierra, pesando en su balanza genial los mundos inmensos y lejanos. Si las estrellas tuvieran pensamientos, se ruborizarían, al verse pesadas por un niño que desde este pequeño planeta las envolvía en los destellos refulgentes de su genio inmortal.

Sin embargo, la obra comenzada por Galileo y por Newton, no termina con estos grandes descubrimientos. Kepler, Laplace y otras mil continúan el estudio de la Mecánica Celeste, hasta llegar á fijar con precisión los movimientos siderales y conocer las leyes que presiden el destino de los mundos. Newton aun no veía claro. Descubría un caos en medio de la armonía universal, de tal modo que en uno de sus escritos decía que el Supremo Hacedor tendría necesidad, de tiempo en tiempo, de desmontar y componer nuevamente la máquina de los siglos. Aparece Laplace más tarde y en su «Mecánica celeste» explica todos los fenómenos siderales sin la intervención divina, viéndose una regeneración continua donde Newton veía la destrucción.

Como veses, pues, los adelantos de la Mecánica poco dejan que desear, á la altura á que se hallan los conocimientos humanos; y, si las paralajes estelares nos fueran conocidas, quién sabe qué vuelo habrían tomado los conocimientos astronómicos. Pero, apesar del adelanto de esa ciencia, el hombre no se halla satisfecho: quiere saber cada vez más. El hombre no se contenta con lo ya estudiado, y «en su eterna tentativa sobre lo desconocido,» al decir de Ribot, quiere conocer algo más que las distancias y volúmenes de los astros, algo más que las fuerzas á que se encuentran sometidos, algo más que las leyes que rigen los fenómenos siderales. El hombre quiere conocer la sustancia íntima de que se componen esos mundos, quiere penetrar en su interior, para agotar, si es posible, los grandes secretos que encierra el Libro de la Naturaleza.

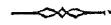
Busca entonces en torno suyo algo que le ayude en su lucha titánica contra lo misterioso. Su mirada escudriñadora se detiene vacilante en un prisma de cristal. Un rayo de sol pasa á través de ese prisma, se refracte, y produce el espectro con los siete colores del arco iris. Ese rayo ilumina al hombre como un destello de saber. Observa unas franjas oscuras en medio de sus variadas coloraciones, analiza esos hechos, y de meditación en meditación llega a descubrir la causa del fenómeno, é inventa el espectroscopio, aparato de mágica grandeza, cuya posesión se disputan la Física y la Química; la primera, porque la refracción y descomposición de la luz son fenómenos físicos; y la segunda, por que la propiedad absorbente de los gases y vapores es un conjunto de circunstancias mediante las cuales se puede averiguar la naturaleza y composición de los cuerpos. Con este aparato ya tiene el hombre, la piedra de toque para analizar á los astros. El resultado no se hace esperar. El genio interroga á la materia, y ésta,

dócil, le responde. El Universo es explorado hasta en sus regiones más remotas, y se llega á conocer finalmente la naturaleza de los astros.

(Continuará).



LAS DOS TUMBAS



SONETO

De mudo cementerio en el paisaje
Divisanse dos tumbas silenciosas;
Una cubierta por fragantes rosas
Que la visten de lúcido ropaje,

—
La otra sombrea secular ramaje
Y esmaltan siempre-vivas cariñosas,
Tristes, es cierto, pero siempre hermosas
Regadas por el llanto del follaje...

—
Han pasado los años; y las flores
Se han marchito en la tumba del pudiente,
Mientras las siemprevivas sus colores

—
Lucen en el fosal del indigente...
Así apaga en el rico sus fulgores
El recuerdo, que el pobre guarda ardiente.

B. Cuenca.



ELEMENTOS DE MINERALOGIA

(CONTINUACIÓN)

Notaciones cristalográficas—La teoría del decrecimiento indujo al mineralogista Haüy á emplear las fórmulas cristalográficas, que tienen por objeto indicar de una manera breve y concisa, semejante á las fórmulas algebraicas, el medio por el cual las formas secundarias de los cristales se han derivado de la primitiva.

Desde que Haüy inventó este procedimiento, muchos cristalógrafos y principalmente los alemanes lo han modificado, fundando su sistema de notación en las distancias á que las nuevas caras de la forma secundaria cortan á los ejes de la forma primitiva, pero siendo la notación de Levy la que hemos de emplear en el curso de la obra, nos concretaremos á darla á conocer, sin perjuicio de exponer luego simplemente la correspondencia que existe entre ella y otras bastante empleadas.

En esta notación se adopta, como propuso Haüy, representar en cada uno de los paralelepípedos tomados como tipos cristalinos, los ángulos sólidos por vocales, y las caras y aristas por consonantes. Así por ejemplo, en un paralelepípedo oblicuángulo, que es el menos simétrico a, e, i, o, designarán respectivamente los cuatro ángulos sólidos, p, m, t, (de la palabra francesa (Pri Mi Tif) las tres clases de caras y b, c, d, f, g, h, la seis clases de aristas, siguiendo en la clasificación el orden alfabético y al mismo tiempo el de la escritura ordinaria, de arriba á abajo y de izquierda á derecha.

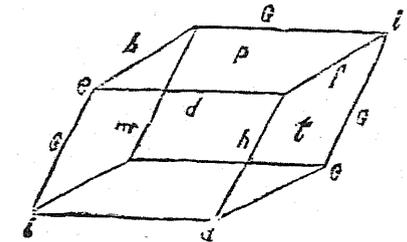
A medida que los paralelepípedos son más simétricos, es decir que tienen menos elementos diversos, el número de letras empleadas para representar los ángulos, caras y aristas son iguales, basta una sola letra para representar cada uno de estos elementos y así los ángulos se representan por a, las caras por P, y las aristas por b.

Para las formas derivadas, resultantes de una truncadura simétrica, sobre un ángulo ó paralela á una arista, cada nueva cara será siempre representada por la letra que designa la arista ó el ángulo de que aquella procede, por medio de la truncadura. Por último si la cara modificante está situada de una manera cualquiera sobre un ángulo, su notación indicará siempre las letras de las aristas que concurren á dicho ángulo. Además cada letra

lleva un exponente entero ó fraccionario, que sirve para indicar la distancia á que cada nueva cara, corta á ciertas líneas tomadas como *ejes cristalográficos*.

Estos ejes que nada tienen de reales son, en el sistema de Lev, las tres aristas que concurren á un mismo ángulo sólido de la forma primitiva y las longitudes interceptadas sobre dichos ejes, son siempre tomadas á partir de su origen. Cuando se quiera, como en los otros sistemas cristalográficos, hacer partir dichos ejes, del centro del paralelepípedo primitivo bastará trasportarlos paralelamente á las tres aristas que concurren al mismo ángulo sólido.

Tomemos como ejemplo general una cara colocada de una manera cualquiera sobre el ángulo de un prisma bioblicuo del 6º sistema fig. 1.ª Si las aristas concu-



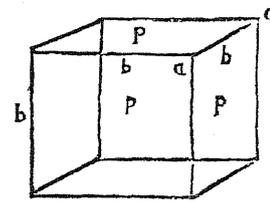
(Fig. 1.ª)

rrentes de dicho ángulo sólido son las aristas (*d, f, h*), la notación será $\left(\frac{1}{d^x} \frac{1}{f^y} \frac{1}{h^z}\right)$ ó $\left(\frac{1}{f^x} \frac{1}{d^y} \frac{1}{h^z}\right)$ siendo $\frac{1}{x} \frac{1}{y} \frac{1}{z}$ las longitudes interceptadas sobre dichas aristas á partir del vértice del ángulo sólido O. Se acostumbra á empezar siempre la representación por las longitudes $\frac{1}{x}$ y $\frac{1}{y}$ tomadas sobre las aristas de la base, siendo $\frac{1}{x} >$ que $\frac{1}{y}$, y se coloca en último término la longitud $\frac{1}{z}$ tomada sobre la arista lateral.

Tabla de correspondencia entre las notaciones cristalográficas de algunas formas secundarias, según varios autores.

		Levy	Miller	Nauman	Dana
Sistema cúbico	Cubo	P	001	$\infty 0 \infty$	0
	Octaedro regular	a ¹	111	0	1
	Dodecaedro romboidal	b ¹	011	$\infty 0$	i
	Hexatetraedro	b ²	0rs	$\infty 0s/r$	i s/r
	Trapezoedro de 24 caras	a ^z /x	rrs	s/r0/s/r	s/r s/r
	Octotriedro	a ^x /z	rss	s/r0	s/r
	Hexa-octaedro	b ¹ /x b ¹ /y b ¹ /z	grs	s/9 0 s/r	s/9 s/r
	Tetraedro	1/2 a ¹	122	20	2
	Dodecaedro pentagonal	1/2 b ²	012	$\infty 02$	i 2
	Icosaedro	1/2 b ² a ¹			
Sistema del Prisma recto de base cuadrada	Prisma recto de base cuadrada	P	001	oP	0
	Octaedro de base cuadrada construido sobre los ángulos	a ¹	g0s	9/s P ∞	9/si
	Diocaedro	b ¹ /x b ¹ /y b ¹ /z	grs	1/2 P ∞	1/2 i
	Octaedro de base cuadrada construido sobre las aristas	b ^z /y	rrs	r/s P	r/s
	Prisma cuadrado inverso	h ¹	100	$\infty P \infty$	ii
	Prisma octógono	h ^y /z	gr0	$\infty Pr/g$	Ir/g
	Tetraedro	b 1/2	111	P	1
Sistema del Prisma recto romboidal	Prisma recto romboidal	P	001	oP	0
	Octaedro romboidal (recto)	b ^r	111	P	1
	Prisma recto rectangular	h ¹ g ¹	010	∞P	1
	Octaedro rectangular (recto)	a ¹ e ¹	012	P ∞	1 i
Sistema romboédrico	Romboedro	P	100	+R	1R o1
	" inverso	b ¹	rrs	$\frac{r-s}{2r+s} R$	$\frac{r-s}{2r+s}$
	Escalenoedro	b ^z /y	grs	$\frac{g-s}{g+r+s} R \frac{g-s}{g-r}$	
	Prisma hexagonal	d ¹	112	+ ∞R	i
	Diexaedro	b ¹ /z d ¹ /x d ¹ /y d ¹ /y d ¹ /x b ¹ /z	b ₂ e ₅	+4 R	+4
Sistema del Prisma romboidal oblicuo	Prisma romboidal oblicuo	P	001	oP	0
	Octaedro romboidal oblicuo	d ^x h ^x			
	Prisma rectangular oblicuo	h ^x g ^x			
	Octaedro rectangular oblicuo	O ^z /x a ^z /x e ^z /x			
Sistema del Prisma oblicuo simétrico	Prisma bioblicuo	P	001	oP	0
	Octaedro bioblicuo	z/a z/e z/i z/o			

Si en lugar de un prisma bioblicuo, tomamos un cubo, fig. 2ª, en la cual todas las aristas *b* son iguales, la misma cara modificante ten-



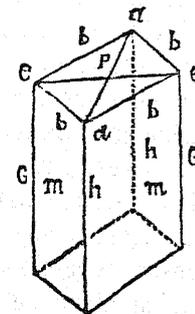
(Fig. 2ª.)

drá por símbolo $(\frac{1}{b^x} \frac{1}{b^y} \frac{1}{b^z})$ Cuando la cara es paralela á una arista, una de las cantidades *x*, *y*, *z*, es igual á 0; así en el prisma bioblicuo, una modificación sobre la arista *d* tendrá por notación $(\frac{1}{d^0} \frac{1}{f^y} \frac{1}{h^z})$ ó $(\frac{1}{d^0} \frac{1}{b^y} \frac{1}{g^z})$ que puede espresarse en este

caso por $d \frac{z}{y}$, representando la letra *d* la arista sobre la que ha tenido lugar la truncadura y $\frac{z}{y}$ la razón mayor ó menor que 1 de las longitudes interceptadas sobre las aristas *f* y *h*. Por *x*=*y* se tendrá una faz situada de una manera simétrica sobre un ángulo y por tanto el nombre del ángulo modificado; por ejemplo para el ángulo del mismo prisma bioblicuo se tendrá $(\frac{1}{d^x} \frac{1}{f^x} \frac{1}{h^z}) = \frac{x}{z}, x$ pudiendo ser > ó < que 1.

Se emplea en ciertos casos una notación particular cuando una nueva cara intercepta sobre un ángulo tres longitudes, de las cuales dos son iguales y corresponden á aristas de distinta especie. Sea por

ejemplo una truncadura sobre el ángulo *a* de un prisma romboidal recto (fig. 3ª) al cual concurren dos aristas básicas *b* y la arista vertical *h*. Su símbolo debiendo ser $(\frac{1}{b^x} \frac{1}{b^y} \frac{1}{h^z})$ si se admite *x*=*z* ó *y*=*z* conviene escribir las rela-



(Fig. 3ª.)

ciones $\frac{y}{z}$ ó $\frac{x}{z}$ de las longitudes interceptadas sobre las aristas *b* y *h* en forma de índice á $\frac{y}{z}$ ó á $\frac{x}{z}$. Esta razón será > ó < que 1, deduciéndose que $\frac{1}{z}$ será igual á $\frac{1}{x}$ ó á $\frac{1}{y}$ siendo > $\frac{1}{y}$. Esta notación abreviada es muy cómoda en ciertos sistemas y puede ser empleada sin dar motivo á equivocaciones siempre que las dos aristas correspondientes á $\frac{1}{x}$ ó á $\frac{1}{y}$ sean de la misma especie.

Para terminar con lo que á esta parte de la cristalografía se refiere, ya fin de que los alumnos que por su dedicación especial á esta rama de la mineralogía, necesiten consultar obras fundadas en otros distintos métodos de notación cristalográfica, no encuentren dificultad alguna, he creído conveniente dar á continuación una talla que espresé las notaciones cristalográficas ó simbólicas que se emplean más comúnmente en la representación de las formas más importantes de los seis sistemas cristalinicos.

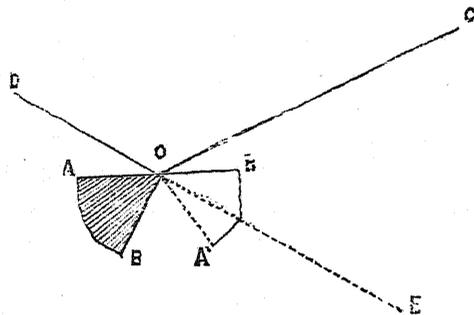
Medida de los ángulos.—La medida de los ángulos en los cristales se efectúa por medio de unos aparatos llamados *goniómetros*. El más sencillo de estos instrumentos es el goniómetro de aplicación inventado el siglo XVIII por Carangeot. Se compone de dos alidadas metálicas, móviles al rededor de un centro común. Aplícase cada una de estas alidadas sobre una de las caras del ángulo que se quiere medir, teniendo cuidado que la arista del ángulo diedro toque la intersección de las alidadas, quedando normal al plano de ellas. Obteniendo este resultado se fija la abertura de las ramas por medio de un tornillo y se aplica el goniómetro sobre un semicírculo graduado metálico que da á conocer el valor del ángulo. Dos ranuras correspondientes practicadas en la base de las alidadas, permiten hacer variar la posición del encuentro de las aristas, aproxi-

mando cuanto se desee las extremidades libres de las ramas.

De esta manera la medida goniométrica puede ser aplicada hasta á cristales muy pequeños y aun en parte enclavados en la ganga.

A pesar de su sencillez el goniómetro de aplicación á servido á Haiy para practicar medidas con bastante precisión. Pero en el día este instrumento no se emplea sino para los cristales cuyas caras no son bastante pulidas y lustrosas para reflejar la luz. En los demás casos se recurre al goniómetro de reflexión.

El goniómetro de reflexión cuyo manejo es también sumamente fácil, se funda en el principio siguiente. Sea fig. 4 A O B en C el



(Fig. 4).

que dos caras planas proyectadas en O A y O B se encuentran según una arista rectilínea proyectada en O. Un objeto luminoso situado en C envía sobre la cara O A un rayo que reflejado en O D llega á D donde se supone el ojo del observador. Dicho rayo parece venir de E punto situado, por ejemplo, sobre la tabla que soporta el instrumento, y el observador puede verlo sin molestia haciendo coincidir E con un objeto bien visible, tal como el ángulo de una carta de color blanco. Si en seguida se hace girar el cristal, al rededor de la arista O, hasta que la cara O B ocupe el lugar de O A, el rayo COD seguirá el mismo camino y la imagen de C reflejada esta vez por la cara O B, vendrá á coincidir con la que anterior-

mente suministraba la cara O A. Por consecuencia se comprende que para este resultado el cristal habrá girado formando un ángulo BOB' igual al suplemento de AOB es decir, del ángulo que se quiere medir. En una palabra, para que una imagen reflejada en una cara de un cristal, pueda observarse por el ojo inmóvil de un observador en la otra cara que constituye con la primera el ángulo diedro que se quiere medir, es preciso que el cristal gire al rededor de sí mismo, hasta que la segunda cara ocupe el punto de la primera, y el espacio recorrido en esa rotación forma con la normal donde se proyecta la imagen un ángulo cuyo suplemento representa el valor del ángulo diedro que se busca.

Basta que el cristal se halle fijo en la extremidad de un bastayo implantado normalmente en el centro de un disco graduado. Los detalles de la manipulación deben establecer como primer requisito indispensable y por medio de una serie de pruebas preliminares, una coincidencia absoluta entre la arista o y el eje de rotación del aparato, cuyo eje puede hallarse dispuesto horizontal ó verticalmente.

Los goniómetros de reflexión más usados son los de Wollaston y Babinet, que con diversas modificaciones son conocidos en los gabinetes de física, por lo cual omitimos su descripción, limitándonos á dar una idea del modo de operar.

El cristal cuyo ángulo diedro quiere medirse se fija con un poco de cera á una plataforma que constituye el porta objetos del goniómetro, cuya plataforma es móvil en diversos sentidos con respecto al soporte acodado que forma una prolongación del árbol de rotación del aparato. Fijo el cristal á la extremidad del soporte, por medio de la cera tenemos que empezar colocando la arista del ángulo diedro, cuyo valor se busca, de tal modo, que sea perpendicular al plano del círculo del goniómetro. Para conseguirlo, se parte del principio,

LIRIO AZUL

(UN SUEÑO)

(CONTINUACIÓN)

CUANDO así hablaba, pasaban por sus ojos relámpagos de una luz siniestra, indefinible, como si en aquel instante todas las pasiones se hubieran desencadenado en espantoso caos, en su pecho. Gesticulaba agitando sus descarnadas manos y golpeando con tal furia en la roca que hacia estremecerse la caverna.

El gnomo, apoyando los codos en el ánfora, le escuchaba mesando su lengua barba.

«Cuando llegue el sol á la mitad de su carrera, yo iré allá, dijo, señalando una colina; esa es la única hora en que la ninfa sale de su prisión para bañarse en la cascada. Yo estaré ahí; lo demás, ya lo sabes. Si logro despertar en su pecho el fuego del amor, entonces no morirá y yo huiré con ella, quizá por mucho tiempo, de estas selvas. Tú, mientras tanto, me reemplazarás.»

El gnomo, postrándose de hinojos, levantó tres veces la cabeza, sin duda en prueba de asentimiento.

Incorporáronse ambos y desaparecieron en la cueva...

Oculto tras un corpulento árbol había escuchado las palabras del sátiro sin perder una sílaba, y tan luego como hubieron desaparecido, diríjeme hacia la colina...

Al pié de verde collado, extendíase la inmensidad del océano hasta perderse en los confines del límpido cielo azul. Cerca de la colina, sobre abruptas rocas de záfiro y de coral, caían las cristalinas aguas de una cascada, burbugeando en continua explosión de perlas al romperse en los riscos; luego, la linfa, deslizán-

que un plano horizontal refleja horizontalmente la imagen de los objetos horizontales; eligiendo, pues, en la fachada de un edificio una línea sensiblemente horizontal, como la cornisa de una fachada, y otra línea, también horizontal mas baja que la primera, que puede ser una fila de balcones, ó la imagen de la primera, reflejada en un espejo, situado en el apoyo del goniómetro y haciendo coincidir dichas dos líneas vistas por una de las caras del ángulo diedro del cristal, por tanteos repetidos, á merced del botón que mueve el soporte acodado, repitiendo luego la operación con la otra cara del cristal hasta conseguir también la coincidencia de las dos líneas alta y baja vistas á su través, se llega al resultado apetecido, esto es á que la arista del ángulo diedro se halle perpendicular al plano del círculo del goniómetro. Satisfecha esta primera condición se coloca el instrumento en el cero y se vuelve á repetir la coincidencia de las líneas anteriormente indicada vistas á través de una de las caras del cristal, lo que una vez conseguido se hace girar el botón que arrastra en su movimiento al círculo graduado y al cristal y cuando sobre la segunda cara se observa de nuevo la coincidencia, no habrá mas que ver el número de grados que ha girado el goniómetro y restar su valor de 180°.

La importancia que en cristalografía tiene la medición del ángulo diedro de los cristales, consiste principalmente en que estos elementos permanecen rigurosamente constantes para cada especie mineral cualesquiera que sean las obliteraciones que se ocasionen por la prolongación ó reducción de las aristas y desigual desenvolvimiento de las caras. Debe considerarse, por lo tanto como un carácter esencial el valor del ángulo, siendo muy necesario practicar con exactitud dicha medida.

dose sobre el césped, iba à perderse en el mar. Flotaban sobre las tranquilas aguas del arroyo hojas de jaramago, y cerca de la orilla alzabase, esbelto, un lirio azul. Al verlo, recordé las palabras del sátiro y sentí una extraña fruición.

A medida que el sol avanzaba hacia el zenit, los pétalos del lirio se animaban de ondulaciones suaves, y del fondo de la corola exhalábanse rumores de suspiros que hacían temblar las gotas de rocío.

Con emoción infinita esperaba el instante de la sublime transformación.

Las aguas del mar, hasta entonces tranquilas, empezaron à agitarse como si despertasen al soplo de una nueva vida y sus ondas resplandecientes como fundidos cristales heridos por la luz, parecían jaspeadas à trechos por fulgores de oro y de plata bruñida.

Armonías de una música sublime, divina, acariciaron mis oídos, cual si vibrasen en mi derredor cien arpas eolias: era un coro de náyades y sirenas que flotaba sobre la hirviente espuma, como hermosas perlas desprendidas del fondo del océano; los cabellos, sueltos, mecíanse al rítmico vaiven de la onda; al aire los ebúrneos brazos, aquellas hermosas ninfas del océano soplaban en inmensos caracoles, produciendo las dulces armonías que acariciaban mis oídos.

El sol brilló en la mitad de su carrera; sus rayos cayeron perpendiculares sobre la tierra y entonces apareció à mi vista, bella, divina en su casta desnudez, la hermosa ninfa del lirio azul, envuelta en una aureola de luz celeste...

¡Venid, poetas, inmortales génius del arte! Traedme vuestras concepciones, vuestras obras, y decidme si del verso, de la paleta ó de la piedra brotó una creación más ideal.

¿Hubo acaso entre las flotantes heroínas de las montañas de Inisfail, belleza igual?

¿Helena, la Fornarina, Teodata... podrían por ventura rivalizar con élla?

¿Vuestros modelos de Corinto, de Gnido, de Pafos, superaban, decidme, su radiante hermosura?

¡Oh! ¡Todas vuestras creaciones, aun animadas por el soplo de la vida real, palidecen ante la rubia ninfa del lirio azul!...

Miradla, sinó, resplandeciendo en su belleza, sustentada por la corola que apenas si se inclinaba à su peso.

Su cabellera es luz; sus ojos, cielo azul; su boca es miel y púrpura; sus perfiles, ideales son; su albo pecho coronado de rosas, ondula apenas al dulce calor del santo fuego que ahí dentro arde; su porte, magestuoso: es el de una reina!

Vedla cómo corre hacia el arroyo sin hollar siquiera el césped! La linfa exhala dulces rumores al envolverla en sus cristales, y las ondas de la cascada ciñeron su talle con una clámide de cristalina luz.

Yo no pude reprimir un grito de admiración y corri hacia ella como poseído de un fantástico delirio...

«¡Oh! tú, inmaculada virgen de estas selvas, deja que la luz inefable de tus pupilas descienda sobre mi espíritu» — dije, sintiéndome abrazado en el divino fuego del amor. Sus ojos fijáronse en los míos y encendiéronse sus mejillas.

En aquel instante oyéronse rumores en la selva y ví al viejo sátiro que aprestaba la hoz de oro que encubrían los laureles de su tirso.

Sin que mis lábios hubieron pronunciado una sola palabra, nos comprendíamos como por una misteriosa penetración de nuestros espíritus, y sentí ¡oh, dicha suprema! en los latidos de su pecho, las palpitations del amor...

El peligro era inminente. El sátiro deslizándose sobre el suelo, como culebra, avanzaba; y como si ella hubiera leído

en el fondo de mi alma, «no temas, me dijo: lo sé todo; el amor que has despertado en mi alma, me escuda contra las asechanzas del mónstruo.» Y sonriéndose, continuó: «Comprendo que me sacrificas la vida; pero no es necesario. Ven,» me dijo.

Llegamos cerca del lirio, que había tomado dimensiones colosales, cortólo, y arrojándolo al mar, me dijo con una dulce mirada: «Sígueme». Los pétalos, unidos, parecían una pequeña góndola, y en el fondo de la corola, que las náyades impulsaban al soplo de los caracoles, dejando una blanca estela de espuma y de luz, enlazados nuestros brazos y juntas nuestras cabezas, viviendo la misma vida, respirando un solo aliento, nos alejamos de la orilla...

La tierra se estremeció y rugidos tremendos conmovieron las aguas; volvimos la vista y vimos que el viejo sátiro se precipitaba desde las elevadas rocas.

Los días y las noches pasaban sin que nos percibiéramos del tiempo. Recuerdo que nos envolvía una claridad; que vibraban dulcísimas armonías; que el mar estaba sereno y el cielo siempre azul...

«¡Cuanto te amo, alma del alma mía!... pero dime ¿quien eras tú allá en aquellas selvas?»

«Tu lo sabes, me contestó entre una sonrisa y un beso, yo era... el lirio azul.»
Montevideo, 22 de Julio de 1896

Rafael J. Fosalba



TRADUCCIONES DEL LATIN

SEGUNDO AÑO

ANÉCDOTAS

(CONTINUACIÓN)

VIII

Amor fraternal.

Construcción. — ¡Quàm dulcis (est) caritas fraternal! Quàm (plena) copiosæ suavitatis (est) illa recordatio! Habitavi in eo-

dem domicilio, antequam nascerer; peregi tempora infantie in iisdem incunabulis; appellavi parentes eosdem; excubuerunt eadem vota pro me; traxi parem gloriam ex imaginibus majorum. Uxor est cara, liberi (sunt) dulces, amici (sunt) jucundi, affines sunt accepti, sed cognitis postea, nulla benevolentia, quæ exhaustat priorem debet accedere.

Marcus Fabius Consul, Hetruscis et Vientibus superatis in clyta pugna, non sustinuit ducere triumphum delatum sibi summo studio senatus et populi; quia Quintus Fabius, frater ejus, consularis, dimicans fortissime, occiderat eo prælio. ¿Quantam pietatem caritatis fraternæ existimemus habitasse in eo pectore, propter quam tantus fulgor honoris amplissimi potuit extinguiri?

Traducción. — ¡Cuan dulce (es) el amor fraternal! ¡Cuan (lleno) de abundante dulzura (está) aquel recuerdo! Habité en el mismo lugar antes de nacer; pasé los tiempos de la infancia en las mismas cunas; llamé padres à los mismos; formularon los mismos votos por mí: traje (heredé) igual gloria de las hazañas de los antepasados. La esposa es cara, los hijos (son) dulces, los amigos, gustosos, los parientes, gratos; pero, habiendo sido conocidos despues, ningún placer, que sobrepuje al primero, debe venir (existir).

Marco Fabio Cónsul, habiendo sido vencidos los Etruscos y Veyentes en una célebre batalla, no quiso recibir el triunfo que le había sido acordado con gran empeño del senado y del pueblo; puesto que Quinto Fabio, su hermano, ex-cónsul, peleando esforzadamente, había muerto en aquella batalla. ¿Cuánto sentimiento de amor fraternal juzgaremos que existió en aquel pecho, por el cual (cariño) tanto brillo del honor más grande pudo ser extinguido?

(Continuará.)



ECOS UNIVERSITARIOS

Hoy tiene lugar la gran manifestación que realizan los liberales de Montevideo como enérgica protesta contra el arzobispado. Los preparativos hechos y las adhesiones recibidas permiten augurar que será imponente. La Universidad en masa ha prestado su apoyo y contribuirá con sus numerosos elementos á darle mayor brillo. Todos los estudiantes que tienen el culto de las ideas modernas deben acudir, cumpliendo de ese modo un deber patriótico, que figurará honrosamente en su *haber* de liberales.

Los estudiantes en número considerable han suscrito una protesta contra el proyecto de arzobispado concebida en los siguientes términos:

Los estudiantes de la Universidad de Montevideo cumplen un deber patriótico protestando enérgicamente contra el proyecto de creación del arzobispado.

Al mismo tiempo invitan á todos sus compañeros, á los alumnos de los colegios Universitarios de la capital y al pueblo nacional y extranjero para que se adhieran á la manifestacion liberal que contra dicho proyecto tendrá lugar el 20 de Setiembre.

Cuba libre, periódico que como su nombre lo indica es defensor de los verdaderos intereses cubanos, ha transcrito un artículo aparecido en el número anterior de esta revista de que es autor uno de nuestros redactores, Juan C. Blanco Acevedo.

Al agradecer los conceptos elogiosos que nos tributa, formulamos nuestros votos por que los levantados ideales del colega se realicen en breve tiempo.

El Consejo universitario ha pasado á consideración del Superior Gobierno el proyecto de reformas en el Reglamento.

Es de desear que sea devuelto con el

cúmplase á la brevedad posible, pues de ese modo los estudiantes gozarían en el próximo periodo de las ventajas que reportan las modificaciones efectuadas.

La Comisión Directiva de la Asociación de los estudiantes, ha resuelto comprar nuevos elementos y utensilios de estudio que servirán para el mejor funcionamiento de la clases que en dicho establecimiento se regentean.

Las clases han obtenido un verdadero éxito, pues funcionan con regularidad, asistiendo á ellas gran número de discípulos.

Hemos recibido la siguiente carta:
Señores redactores de LOS DEBATES.

Somos estudiantes de Geografía y estamos verdaderamente perplejos ante lo que nos espera en los próximos exámenes. En efecto, del largo curso de Geografía no poseemos sinó escasos rudimentos, debido no á desidia nuestra, sinó á la inasistencia continuada del señor catedrático.

Todos los estudiantes del aula se hayan en nuestra misma situación y desean que esto termine cuanto antes.

Esperamos de Vds. tengan la amabilidad de poner en conocimiento de las autoridades nuestro crítico estado.

Los saludan atentamente.

Athos y Juan Valjean

Si lo que consigna la anterior carta es cierto sera muy de lamentarse, pues redundará en perjuicio de lo jovenes educandos.

Y tanto mas de sentir seria cuanto que el bachiller Gomez Ruano por su ilustracion y competencia en la materia es uno de los mas aptos para dar una brillante clase.

Lo que nosotros creemos es que podria darse una clase de repaso de Geografía en nuestra Universidad la que debia regentarla el inteligente bachiller Ildelfonso Garcia Acevedo, que es el sustituto de la materia.